

Singularidad de Costa en la crisis de la Restauración

Por

ALBERTO GIL NOVALES

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a la Fundación Francisco Giner de los Ríos y a la Fundación Joaquín Costa por haberme invitado a participar en este acto de homenaje a Joaquín Costa, al que me asocio de corazón, porque pocos españoles lo merecen tanto como él. Y agradecimiento también por haberme concedido la palabra junto a tan eminentes maestros y compañeros como los aquí presentes.

Hace algunos años, cuando yo era estudiante, un tema debatido con frecuencia entre intelectuales era el del escritor comprometido, que entonces se decía con una palabra francesa, *engagé*. Había en esto, me parece, un eco sartriano, pero lo característico era que, algo inocentemente, creíamos que era la primera vez que se planteaba en Europa una situación semejante. En Europa y en España, sólo que la mayor parte de los autores que en nuestro país trataban del *engagement* solían poner a España entre paréntesis. España era tierra de excepciones, cosa que no tiene el mismo valor que si hubiésemos dicho que era excepcional: lo primero implicaba carencias, privaciones, mientras que lo segundo hubiese sido una consideración superoptimista.

Luego, pasados los años, nos hemos dado cuenta de que no tenía sentido hablar de la primera vez, que en todas las épocas y en todas las latitudes, los escritores han tenido que enfrentarse con su propia responsabilidad. Unos la han interpretado de una manera, otros de otra; y no faltan quienes, parodiando el célebre título de Benda *La trahison des clercs*, han transformado su responsabilidad personal, su compromiso, en pasar a cobrar por ventanilla.

Joaquín Costa Martínez es uno de los casos más netos en la España contemporánea de escritor comprometido, *engagé*. Costa, aragonés y jurista, y aun jurista aragonés, que llegará a afirmar que

en la sinfonía universal Aragón se define por el Derecho; con un enorme y tesonero afán de salir de su condición lugareña, de conquistar a fuerza de trabajo y de sacrificios la ciencia universal; que pasa, en experiencias que le van a marcar para toda su vida, de Graus a Huesca, y a continuación a París —delegado obrero en la Exposición— y a Madrid, en donde entra inmediatamente en contacto con Francisco Giner de los Ríos y la escuela krausista en general.

Costa, inclinado desde muy joven al liberalismo, como filosofía de su siglo, abraza el krausismo, doctrina que le permite su inserción ideal en Europa. En cierta manera, podemos decir que el krausismo no tiene fronteras, o lo que es lo mismo, a través del krausismo entra el joven Costa en contacto con toda la tradición filosófica de Occidente. El krausismo confirma a Costa en su liberalismo consciente, y Costa será, como es sabido, un colaborador cálido y entusiasta de la Institución Libre de Enseñanza. Pero antes de 1876, antes de la aparición de la Institución, en la visión liberal krausista de Costa hay algunas sombras. En primer lugar, su propio país, España, que no acaba de insertarse en un régimen estable y civilizado. Costa saluda con un ¡hurra! en su *Diario la gloriosa* revolución de 1868, pero muy pronto se va a desengañar: a través de una serie de fracasos, la *gloriosa* conduce a la Restauración. Experiencia negativa: del entusiasmo, de la alegría de septiembre de 1868 no queda nada, o casi nada. Podría haber pensado, o acaso lo pensó, que no era aquel septiembre el primero del que los españoles decían que defenderían su espíritu con valor de ser o no ser: el espíritu de septiembre de 1840 había provocado en los nacionales el mismo entusiasmo, la misma sensación de baluarte frente al abismo, que ahora en 1868.

Y todo se había desvanecido. ¿Todo? Acaso no. De las luchas políticas de España quedaba una lección, un ergo irrenunciable. Ese pasado inmediato necesitaba solamente ser comprendido, asumido intelectualmente; y Costa se pone a escribir la *Historia crítica de la revolución española*, que con harta ingenuidad presentará a un concurso público, y naturalmente no fue premiado, pero que le sirvió también para doctorarse en Filosofía y Letras. Algunas partes sueltas de esta *Historia* fueron publicadas, pero el conjunto sigue inédito. El profesor George C. Cheyne y yo nos proponemos publicarlo muy pronto. En ese libro encontramos un gran entusiasmo por la revolución española, simbolizada en dos nombres egregios:

Riego y Bolívar; y a la vez cierta incomprensión, por deficiencia de información, de la francesa, que ya no le abandonará en toda su vida.

Pero en la misma visión costista de Riego y de Bolívar, siempre entusiasta, con un apasionamiento que chocaría bastante a su alrededor, se desliza cierta impaciencia. Riego y Bolívar son grandes porque los dos combatieron por un ideal justo: ya es hora de que su herencia dé frutos, ya es hora de que nuestro tiempo sea plenamente liberal y liberal español¹.

Porque algo no correspondía al modelo teórico en la España de su época. El, Costa, pasa hambre y está enfermo. Con dos Doctorados auestas, se encuentra tan en precario como muchos de sus convecinos aragoneses. Costa sigue creyendo a pie juntillas en su filosofía, pero su propia condición personal le aguza el realismo. Todavía querrá creer que la Restauración no es un grave percance nacional, ya que con la Constitución de 1876 los derechos de los españoles se hallan plenamente reconocidos.

El desencanto, sin embargo, le va royendo. La vida social de un pueblo no puede consistir solamente en palabras. Y de repente, con la famosa cuestión universitaria, provocada por el tristemente célebre ministro Orovio, nos entra la visión de un Costa comprometido y batallón. El, que en su aspiración universitaria sólo había logrado unas pobres migajas, se compromete a fondo en la cuestión. En las cartas que hace años publicó Pablo de Azcárate leemos esta pasión ante la injusticia, un poco contra todo y contra todos, los autores del desmán y los que, por egoísmo, lo habían consentido. A Giner, el 22 de abril de 1875, le escribe:

*Por desgracia, si el martirio de VV. como representantes de la Ciencia, es pequeño y transitorio, la deshonra de los claustros, como representantes de la Universidad, ha sido grande y será largo y costoso sacudirla..., etc.*².

En los años siguientes, años de pasmosa actividad intelectual, apartándose aparentemente de la política, Costa se va a dedicar a la elaboración de sus grandes temas, sus grandes libros: sus estudios sobre Derecho consuetudinario y sobre Derecho aragonés, tipo de estudios que buscan saber cuál es la realidad de la vida de España o de una de sus tierras componentes, para oponer acaso un día esta realidad, digamos sociológica, a la mentira política oficial. A lo mismo responde su libro *Introducción a un Tratado de Política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la*

Península, 1881. Todavía el autor tiene cierta esperanza de que las cosas puedan enderezarse, y a ello conducen sus estudios.

La crisis del 98 precipita todo. No es de este lugar hablar de la desesperación nacional de Costa en aquella fecha. Sólo interesa subrayar que la derrota de 1898 subyace en su enfrentamiento con la España de la Restauración, a través de la información sobre *Oligarquía y caciquismo*, que es de 1901. Ya está en esta información la voluntad de batalla política. El período de preparación ha terminado. Los acontecimientos externos le han dado dramática repercusión. Costa se lanza a la Liga de Contribuyentes, a la Unión Nacional y al republicanismo, y en seguida, fracasados estos movimientos, o no encaminados como el propio Costa quería, empiezan los años de desesperación, de trenos abundantes, y de retiro a Graus. Queda, no obstante, que las campañas de Costa exigen un país más dinámico, más consciente y culto. La Restauración está herida de muerte, y aunque naturalmente concurren muchos elementos en su desaparición, no estará de más apuntar el nombre de Joaquín Costa como una de las fuerzas que prepararon la Segunda República española.

En este contexto debemos situar la llamada carta de la ruptura, escrita por Costa a Giner el 14 de septiembre de 1897, aunque probablemente no enviada jamás. Es tremendo este documento:

Para ser un pedagogo completo, práctico, ha tenido V. el inconveniente de encasillarse temprano en el presupuesto de la nación, que le ha incapacitado para saber (no con la cabeza, no con la experiencia ajena contemplada por V., etc., sino con la experiencia propia y de toda la vida, con la cabeza, el corazón, las manos, el estómago y el alma que padece tantas angustias y humillaciones) lo que son 20.000 ó 24.000 reales, lo que es tener que ponerse la mesa con las propias manos todos los días en España y hoy. La ha incapacitado para saber intuitivamente (única manera de saber, verdad) que la vida es más compleja de lo que parece a simple vista, que no es una línea recta ni un plano corrido como suele parecerle al empleado, emancipado de las asperezas y brañas, que V., desde su mulo, insulta a los peones que arrastran los pies llagados y a quien muy ufano y como mérito propio va dejando atrás... Eso le ha incapacitado para dar al elemento económico el primer lugar, para ver en él, y no en pedagogías abstractas, ni en la conciencia del deber y demás filosofías de sobremesa, la condición primordial para una vida sana y honrada³.

Esto escribe de Giner no un enemigo o un envidioso de su labor, sino un gran admirador, un colaborador apasionado, que antepone sin embargo a todo su propia sinceridad. Advirtamos que después de esta carta, no enviada como ya he dicho, Costa y Giner siguieron siendo amigos, y que el primero siguió viendo en el otro un aspecto de lo que le gustaría que se generalizase en España. No vayamos ahora nosotros tampoco a adoptar banderías, o Costa o Giner. Mejor los dos a la vez, pero conociendo esta otra dimensión del aragonés, que le lleva en cierto modo a contradecir sus propios postulados teóricos. Parece que además de esta carta hay otras de carácter semejante, tanto en los papeles que ahora se hallan en el Archivo de Huesca, como en los ofrecidos en subasta.

De intento he dejado para el final otro de los libros capitales de Costa, el *Colectivismo agrario*, de 1898. La reedición de este libro a cargo de Carlos Serrano⁴ nos ha curado de la fácil tentación de calificarlo de libro socialista. Las motivaciones del autor son otras, que Serrano ilumina con extraordinaria agudeza, y que están inmersas en esta crisis, personal y nacional, de la Gloriosa y la Restauración de que vengo hablando. También el *Colectivismo agrario* forma parte de esa colosal indagación sobre el ser histórico de España, a que se entrega Costa. Este es así intérprete de la angustia que provoca en el campesinado español la plena entrada de las relaciones capitalistas en el campo, así como de la crisis que provoca la concurrencia externa por el abaratamiento de los transportes, etc. Pero conviene en esto no olvidar su propia experiencia altoaragonesa con temas como el Canal de Tamarite, en los que Costa es simplemente un continuador⁵. Todo esto es cierto y a los trabajos de los especialistas me remito⁶.

Quisiera, sin embargo, añadir que las cosas no acaban con esta caracterización. Las obras de Costa se objetivaron inmediatamente, como todo en esta vida, y *Colectivismo agrario* pudo ser visto como un libro socialista. En realidad, Costa se debate en mil contradicciones. Su vieja oposición a la revolución francesa —pero no a toda revolución— se le convierte en oposición dogmática al socialismo. Pero su sentido realista de las cosas, su dolor de ser humano, le lleva a formas próximas al mismo socialismo. Los autores hablan hoy de un Costa populista, a semejanza de los grandes pensadores rusos, con lo cual se soluciona una de las más graves carencias de la formación científica de Costa: su desconocimiento de Marx y el marxismo.

Los escritores y hombres públicos de España en el período vital de Costa (1846-1911) supieron adaptarse a las condiciones públicas. En esta adaptación algunos nos admiran, otros nos dan pena. Sólo Costa no supo adaptarse, sino que vivió y murió crucificado por sus propios tormentos, sus íntimas contradicciones, que a la vez que son suyas, son las de su patria. Cuando denuncia las llagas públicas, la indignación le sube tremante y llena de verdad; sus soluciones, nunca despreciables, no están con frecuencia a la misma altura. La grandeza de Costa en su misma persona y acción reside; pero su eficacia que ya dio históricamente frutos de categoría, estriba en que sea por fin comprendido. En ello estamos.

NOTAS

¹ Cf. mi trabajo «Costa y la Historia nacional» en *El legado de Costa*, Zaragoza, Guara (en prensa).

² Cf. *La cuestión universitaria 1875. Epistolario de Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Nicolás Salmerón*. Introducción, notas e índices por Pablo de Azcárate, Madrid, Tecnos, 1967, p. 105.

³ Cf. George J. G. Cheyne *El don de consejo. Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos*, Zaragoza, Guara, 1983, p. 123-124.

⁴ Cf. Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España*, Zaragoza, Guara, 1983, introducción y edición de Carlos Serrano.

⁵ Cf. mi libro *La revolución de 1868 en el Alto Aragón*, Zaragoza, Guara, 1980.

⁶ Cf. Jacques Maurice y Carlos Serrano, *J. Costa/Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, siglo XXI, 1977. Y los diversos trabajos de Alfonso Orti, p. ej., «Dictámenes y discursos de Joaquín Costa en los Congresos de Agricultura y Ganaderos de 1880 y 1881», *Agricultura y Sociedad*, Octubre-Noviembre 1976, 210-326. Orti prepara actualmente para Guara una reedición de todos los escritos agrarios de Costa.